

Uno de ellos vendrá Por: Puerquito

No sé qué decir

«No es cierto, profe Soler, que al menos uno de ellos vendrá esa noche a alegrarnos el corazón...», me acosan los chiquillos pidiendo que un grande como yo les ratifique que, a pesar de todo, en este rincón desconocido del planeta sí habrá milagro. Y yo que sólo soy grande por los muchos años que tengo, que no soy profe, que no me apellido Soler y que entiendo más bien poco de niños, discursos y milagros, no sé qué decir. Pero, como de cualquier forma algo hay que decir, digo lo que primero se me viene a la cabeza que no es la gran cosa... «Este... Hum...». Por fortuna para mi pobre ignorancia y aunque parezca increíble, estas dos palabras tan poco alentadoras desatan un huracán entre la chiquillería, un vendaval que en un pispás, por esas rarezas de la vida, se va transformando en algo similar a un milagro.

Menos mal vino, profe

Conviene aclarar, antes de hablar del huracán y de las rarezas de la vida, que los chiquillos que me acosan con su pregunta son del pueblo de El Recreo. Yo, por mi parte, soy de El Codito. Niños y yo estamos juntos porque tres días atrás varios pistoleros enmascarados llegaron a El Recreo y a El Codito amenazando, disparando y armando la que se suele armar en esos casos, estampidas, llantos, confusión, terror y gritos de sálvese quien pueda... «De por Dios, que alguien saque a los niños del pueblo». Y alguien los sacó, tan bien y tan lejos que luego los chiquillos, abandonados a su suerte, no supieron cómo regresar. Allí, en medio de Recreo, Codito y soledad, me los topé... «Menos mal vino, profe, porque ya estábamos empezando a preocuparnos». Y yo que también huía y estaba también muy preocupado, tuve que hacer de tripas corazón, guardarme el miedo en un bolsillo del pantalón y afrontar semejante problema transformándome en profesor como por arte de magia... «Este... Hum... No teman, pequeños, que aquí estoy yo para guiarlos y protegerlos. Como el peligro no ha cesado, no es conveniente regresar a casa, así que permaneceremos en este escondite un par de meses. Para hacer la jornada más llevadera, habrá que hacer fogata, recoger frutas, tratar de pescar y armar un buen refugio en aquella cueva del margen oriental de la quebrada».

Este... Hum...

«De aquella cueva tienen noticia murciélagos, aves, insectos, nosotros y nadie más y conviene que siga siendo así por lo menos hasta que los pistoleros se hayan marchado de la región. Pero, por otro lado, si nuestra presencia en la cueva es un secreto muy bien guardado, Papá Noel y Reyes Magos, al no saberlo, no nos visitarán y al no hacerlo, no habrá sonrisas, villancicos, mantecadas, golosinas, aguinaldos y demás encantos anejos a la Navidad. Habrá Navidad, sí, pero será una jornada desangelada, gris, y más triste que un niño con dolor de muelas».

Eso opinan los pesimistas del grupo. Pero los optimistas, que son mayoría, están convencidos de que Papá Noel y Reyes ya tienen noticia de lo que acaeció en la región porque fueron informados por San Pancracio, arcángel, Virgen o san José, así que se darán una pasada por la cueva y dejarán regalos en la entrada, uno para cada niño...

«Pierdan cuidado que para ellos el profe es un chiquillo más»... «¿No es cierto?, profe...». Y yo, viejo ignorante y despistado, que entiendo poco de esas quisicosas, digo lo que primero se me viene a la cabeza que no es la gran cosa... «Este... Hum...».

Veintiuno con el profe Soler

Al cabo, un poco porque es mi obligación y otro poco por salir del paso, añado un par de elementos. El primero, que puede ser que Reyes y Noel vengán a la cueva y puede que no. El segundo, que, en todo caso, ello dependerá de nosotros y de nadie más...

«¿Cómo?»... Pesimistas y optimistas me piden explicaciones, y yo, orondo, les respondo que los dignatarios de marras vendrán siempre y cuando les hagamos saber nuestra presencia en la cueva. Pero más tarde en decirlo, que en arrepentirme de haberlo dicho porque, cuando lo dije, yo pensaba en rezos y actividades de esas para invocar espíritus alados con la mente, que conmueven y entretienen sin provocar ruido alguno. En cambio, los optimistas pensaron en lo contrario, en fandango, bullanga y pregón, en salir, unos quebrada arriba y otros quebrada abajo, a gritar a voz en cuello... «Aquí estamos, Reyes y gordo bonachón, y aquí nos quedaremos hasta que todo haya vuelto a la normalidad en El Recreo. Por favor no vayan a olvidarnos cuando llegue el día de repartir los regalos de Navidad. Somos veinte en total, veintiuno con el profe Soler».

Menos mal los pesimistas me ayudaron a detener a los bochincheros antes de que fueran escuchados por los pistoleros. Una vez neutralizados, de nuevo para salvar la patria,

agregué que, pese a las circunstancias desfavorables y aunque no supiera cómo, haría hasta lo imposible por hacer de esa Navidad una fecha inolvidable y alegre para todos...

«¿Cómo y con qué arsenal?», pesimistas y optimistas me pidieron explicaciones, y yo les respondí que, por ejemplo, montando una obra teatral a cuarenta y dos manos, una representación cómica en la cual los optimistas trataran de conducir a Reyes y Gordo Bonachón a la cueva y los pesimistas trataran de impedirlo. «Muy bien, profe», contestaron alborozados unos y otros, y en ese momento, viendo a los chicos armando y desarmando planes y estrategias, yo me sentí un profe de verdad.

Me volveré loco

El primer día del festival de teatro todo salió a pedir de boca. Optimistas y pesimistas lucharon cuerpo a cuerpo, brincaron, patalearon y se divertieron por igual. Pero los niños son veleidosos y lo que en un instante les fascina en otro les aburre una barbaridad. Por tal motivo, vaya lío, al final de la jornada ninguno de ellos quería saber nada de vestuario, parlamento, luces, cámara y acción. Lo peor del caso era que faltaban ocho días para la Navidad y mi pobre cabeza, recalentada a la sazón de tanto “este”, “hum” y “obra de teatro”, no hallaba la manera de salir del pantano...

«Como no obre el milagro de que caiga del cielo, justo en medio de la cueva, un ángel parlanchín y especialista en el arte de entretener infantes, de nada habrá servido librarme de la muerte porque me volveré loco»...

Doña Cornelia

Por fortuna para mi ignorancia y tranquilidad, Melchor o el Gordo Bonachón, que son mis favoritos entre todos los adoradores del Niño Dios, uno de ellos escuchó mi súplica y esa misma noche me envió por adelantado mi presente navideño, un ángel llamado doña Cornelia, abuela de El Recreo en fuga como nos, dama de armas tomar que se las sabe entera en las artes de entretener niños y contarles los misterios de la Navidad, la fiesta y la francachela.

Veinte niños risueños y una doña sabelotodo

Mientras doña Cornelia discutía con los pesimistas, alentaba a los optimistas, cantaba villancicos, proponía rondas y juegos y hacía golosinas con los mangos, guayabas y cocos que recogíamos de los árboles de los alrededores, yo, sin que nadie me viera, callado y sigiloso, pobremente pero con mucho empeño y amor, tallaba muñecos, carros, trenes, tambores,

caballitos, patos, gallinas y figuras para armar, para que Reyes y Gordo Bonachón se lucieran dejándolos caer en la cueva el día de Navidad y mis alumnos, al contemplarlos, saltaran en un pata de la dicha y todos, al unísono y sin excepción, me espetaran...

«Se lo dijimos, profe Soler, que, a pesar de los pesares, Baltasar, Melchor, Gaspar o Gordo Bonachón, al menos uno de ellos vendría a la cueva el día de Navidad a alegrarnos el corazón».

«Y vinieron, al menos dos de ellos. Sólo que los dignatarios del Niño Dios, al igual que los tigres, no son como los pintan». «¿Qué dice, profe?». «Digo... Que este y que hum... y que, aun en las circunstancias más adversas, la vida es bella, y que me gustó mucho el regalo que Melchor me dejó». «¿Qué le dejó, profe Soler?». «Veinte niños risueños y una doña sabelotodo que, bendito el instante en que vino a perderse en esta cueva al lado de la quebrada, en medio de Recreo, Codito y soledad». «Bien dicho, profe Soler». «Yo no me llamo profe Soler. Soy Jonás Domínguez, un viejo miedoso, ignorante y bobalicón que por mor de las circunstancias tuvo que vestirse de profesor».

Optimista, a pesar de todo

«Feliz Navidad, profe Soler», apostillan los chiquillos como si nada, y ante tamaña muestra de dárselos un rábano evidencias y confianzas, el profe Soler se larga a llorar de la dicha como una magdalena. Al fin y al cabo, como bien saben Melchor, el Gordo Bonachón, doña Cornelia y los veinte chiquillos, aunque le cueste aceptarlo y reconocerlo, el profe Soler es sólo un niño más, optimista, a pesar de todo.